

estaba arreglando la maleta, le enteró de que había sido despedido de la escuela.

La medida era grave: iba á ser el desconsuelo de toda una familia, y destruía quizás el porvenir de su jóven discípulo.

Con aquella rapidez de decision que constituía uno de los rasgos característicos de su organizacion, tomó el partido de pedir una audiencia al gobernador, encargando al vigilante suspendiese entretanto la marcha de Luis.

Bonaparte era un excelente alumno, muy querido en la escuela, y apreciado en alto grado por el marqués Tiburcio Valence: fué por lo tanto atendida su peticion al mismo instante.

Introducido á la presencia del gobernador, refirióle todo cuanto habia ocurrido, y sin hacer el menor cargo á Valence, trató de disculpar á Luis.

—Es cierto cuanto acabais de contarme, caballerito? preguntó el gobernador.—Preguntádselo á vuestro mismo sobrino; me conformo con lo que él diga.

Hízose llamar á Valence, quien, habiendo tenido noticia de la expulsion de Luis, venia él mismo á contar á su tio todo lo que habia pasado.

Su relacion fué enteramente conforme con la del jóven Bonaparte.

—Está bien, dijo el gobernador, Luis no saldrá de la escuela, sereis vos quien salga; teneis ya la edad necesaria.

Tocando luego la campanilla:

—A ver, la lista de las subtenencias vacantes, dijo al ordenanza.

Al cabo de una hora se pedia con urgencia al ministro una subtenencia para el jóven Valence.

Aquella misma noche marchó Valence á reunirse con su regimiento.

Fué á despedirse de Luis, á quien no pudo abrazar hasta que Bonaparte le sujetó por los brazos.

El niño recibió el abrazo contra su voluntad.

—Por ahora bastante hay, dijo; pero si algun dia volvemos á encontrarnos, llevando cada uno una espada.

Un gesto de amenaza terminó la frase. Valence partió.

El 10 de octubre de 1785, Bonaparte recibió el despacho de subteniente: era uno de los cincuenta y ocho que Luis XVI acababa de expedir para la escuela militar.

Once años despues, el 15 de noviembre de 1796, Bonaparte, general en jefe del ejército de Italia, á la entrada del puente de Areola, defendido por dos regimientos de croatas y dos piezas de artillería, al ver que las descargas y la metralla diezmaban sus filas, sintiendo escapársele la victoria de las manos, y sumamente alarmado por la irresolucion de los mas valientes, arrancó de entre los crispados dedos de un cadáver una bandera tricolor, y se lanzó sobre el puente gritando: «Soldados! no sois ya los hombres de Lodi!» cuando se apercibió de que se le ponía delante un jóven subteniente, cubriéndole con su cuerpo.

No era esto lo que deseaba Bonaparte; tenia empeño en pasar el primero; habria querido, á ser posible, pasar solo.

Cogió, pues, al jóven por el faldon de la levita, y tirándole atrás:

—Ciudadano, le dijo, no eres mas que subteniente, yo soy general en jefe: paso libre.—Es muy justo, contestó el jóven.

Y siguió á Bonaparte en lugar de precederle.

Por la noche, enterándose de que las dos divisiones austriacas habian sido completamente destruidas, viendo los dos mil prisioneros que habia hecho, contando los cañones y las banderas tomadas al enemigo; acordóse Bonaparte del jóven subteniente que se le habia puesto delante, cuando creia que delante de él habia solo la muerte.

—Berthier, dijo, mandad á mi ayudante de campo Valence que me busque un jóven subteniente de granaderos, con quien he tenido esta mañana una breve conversacion en el puente de Arcola.—General, contestó Berthier con embarazo, Valence está herido.—Es verdad, no le he visto hoy. Herido; dónde? cómo? en el campo de batalla?—No, general; tuvo ayer un lance y recibió una estocada que le atraviesa el pecho.

Bonaparte frunció el entrecejo.

—Saben, sin embargo, que á mi lado no quiero duelos; la sangre de un soldado no le pertenece, pertenece á la Francia. Dad, pues, la órden á Muiron.—Ha muerto, general.—A Elliot, pues.—Ha muerto tambien.

Sacó Bonaparte el pañuelo del bolsillo para enjugar el sudor que le inundaba el rostro.

—A quién quereis, pues, que dé la órden?... pero iré yo mismo.

No se atrevió á pronunciar otro nombre, por temor de oír otra vez aquella triste expresion:

—Ha muerto!

Un cuarto de hora despues, el jóven subteniente era introducido en la tienda de su general.

La lámpara arrojaba una luz muy débil.

—Acercaos, subteniente, dijo Bonaparte.

Dió el jóven tres pasos aproximándose á la luz.

—Con qué sois vos, prosiguió el general, el que queria esta mañana tomarme la delantera?—Era una apuesta que habia hecho, mi general, contestó alegremente el jóven cuya voz pareció conmover á Bonaparte.—Y os la he hecho perder?—Tal vez sí, tal vez no.—Y qué apuesta era esa?—Que seria hoy nombrado capitan.—La habeis ganado.—Gracias, general.

Hizo un movimiento el jóven como para tomar entre las suyas la mano de Bonaparte; pero al mismo instante retrocedió.

La luz habia dado de lleno en su rostro durante un segundo; este segundo bastó para que el general en jefe reconociese la fisonomía, como habia reconocido la voz.

Repasó interiormente su memoria; pero encontrándola rebelde:

—Os conozco, dijo.—Es posible, general.—No hay duda; pero no puedo recordar vuestro nombre.—Vos habeis hecho de manera, general, que no se pueda olvidar el vuestro.—Quién sois?—Preguntádselo á Valence.

Bonaparte dió un grito de alegría.

—Luis de Montrevel! dijo.

Y le abrió los brazos.

Esta vez no tuvo dificultad el jóven subteniente en arrojarse á ellos.

—Bueno, dijo Bonaparte, harás por espacio de ocho dias el servicio de tu nuevo empleo, á fin de que se acostumbren á ver en tus hombros las charreteras de capitán, y despues reemplazarás, como ayudante de campo, á mi pobre Muiron.

—Otra vez, dijo el jóven abriendo los brazos.—Ah! á fe mia! sí, dijo Bonaparte con efusion.

Y le retuvo apretado contra su pecho, despues de haberle abrazado por segunda vez.

—Ah!... ya!... entonces eres tú quien dió la estocada á Valence? le preguntó.—Es claro, general, contestó el nuevo capitán, futuro ayudante de campo; á vuestra presencia se lo prometí; un soldado no puede faltar á su palabra.

Ocho dias despues desempeñaba el capitán Montrevel las funciones de oficial de Estado Mayor cerca del general en jefe, quien cambió el nombre de Luis, mal sonante en aquella época, con el pseudónimo de *Roland*.

Conformóse el jóven con perder su calidad de descendien-

te de San Luis á trueque de ser sobrino de Carlomagno.

Desde entonces nadie dió al capitán Montrevel el nombre de Luis, viendo que Bonaparte le habia bautizado con el de Roland.

Hizo este con el general en jefe la campaña de Italia, regresando con él á París despues de la paz de Campo-Formio.

Al decidirse la expedicion de Egipto, Roland, á quien la muerte del general de brigada Montrevel, acaecida en el Rhin, mientras combatia su hijo en el Adigio y en el Mincio, habia llamado al lado de su madre, fué designado de los primeros por el general en jefe para tomar parte en la inútil pero poética cruzada que iba á emprender.

Dejó á su madre, á su hermana Amelia y á su hermanito Eduardo en Bourg, ciudad natal del general Montrevel; donde habitaban, á tres cuartos de legua de la ciudad, es decir, en Fuentes-Negras, un elegante edificio á que se daba el nombre de castillo, el cual, con algunas hectáreas de tierra que le rodeaban, formaba toda la fortuna del general, cuya renta anual podia calcularse en seis ú ocho mil libras próximamente.

Grande fué el sentimiento de la pobre viuda al marchar su hijo á aquella aventurada expedicion; la muerte del padre parecia presagiar la del hijo, y Mad. de Montrevel, sensible y tierna criolla, estaba muy distante de reunir las austeras virtudes de las matronas de Esparta ó Lacedemonia.

Bonaparte, que amaba de todo corazon á su antiguo con-

discípulo de la Escuela militar, le habia permitido permanecer en su casa hasta el último momento, para ir á reunírsele en Tolon; pero el temor de llegar demasiado tarde impidió á Roland aprovechar el permiso en toda su extension. Separóse de su madre haciéndola una promesa, que no cuidó despues de cumplir: la de no exponer su vida mas que en los casos de absoluta necesidad, llegando á Marsella ocho dias antes de hacerse la escuadra á la vela.

No puede ser nuestro objeto escribir la historia de la campaña de Egipto, como no lo hemos hecho con la de Italia. Nos limitaremos á lo que sea preciso é indispensable para la inteligencia de lo que nos hemos propuesto referir, y para dar á conocer el carácter de Roland.

El 19 de mayo salieron del puerto Bonaparte y su estado mayor, dirigiéndose á Oriente; el 15 de junio los caballeros de Malta le entregaron las llaves de la ciudadela. El 2 de julio desembarcaba el ejército en Marabout; el mismo dia se apoderó de Alejandría; el 25 entró Bonaparte en el Cáiro, despues de haber derrotado á los mamelucos en Chebr'eisse y las Pirámides.

Durante esta série de marchas y combates, era Roland un oficial cual le conocemos, alegre, valiente, entusiasta, desafiando el calor abrasador del dia y el glacial rocío de la noche, arrojándose como un héroe, ó como un loco, en medio de los sables turcos y de las balas beduínas.

En los cuarenta dias de travesía, no se separó del intér-

prete Ventura; de suerte que, merced á su admirable facilidad, llegó, sino á hablar correctamente el árabe, á hacerse entender á lo menos en dicho idioma.

Aprovechando esta proporción, cuando por cualquier motivo no queria el general en jefe recurrir al intérprete jurado, era Roland quien se encargaba de redactar alguna comunicacion para los muftís, los ulemas ó cheiks.

Sublevóse el Cáiro la noche del 20 al 21 de octubre; á las cinco de la mañana súpose la muerte del general Dupuy; á las ocho, cuando se creia ya sofocada la insurrección, llegó á todo escape un ayudante de dicho general, anunciando que los beduinos del campo amenazaban la puerta de Rab-el-Nassar y de la Victoria.

Estaba almorzando Bonaparte con su ayudante de campo Sulkowsky, que herido gravemente en Salehyeh, empezaba á levantarse algun rato del lecho del dolor.

Preocupado con esta inesperada noticia, Bonaparte olvidó el estado en que se hallaba el jóven polaco.

—Sulkowsky, le dijo, tomad quince hombres y ved lo que quiere esa canalla.

Sulkowsky se levantó.

—General, dijo Roland, me encargaré yo de esta comision, pues, segun veis, mi amigo puede apenas tenerse en pié.—Tienes razon, contestó Bonaparte, anda tú pues.

Tomó Roland quince hombres y se puso en marcha.

Pero la órden habia sido dada á Sulkowsky, y el pundo-

noroso jóven no quiso dejar á otro todo el honor de cumplirla.

Reuniendo, pues, cinco ó seis hombres, se dirigió tambien al mismo punto.

Fuese casualidad, ó que conociese mejor que Roland las calles del Cairo, llegó algunos segundos antes que este á la puerta de la Victoria.

Al llegar á su vez Roland, vió que los árabes se llevaban prisionero á un oficial, despues de haber muerto á los cinco ó seis hombres que le acompañaban.

Conoció á Sulkowsky, y señalándole con la punta de la espada á sus soldados, lanzóse sobre el enemigo.

Media hora despues volvía un soldado, solo, al cuartel general, anunciando la muerte de Sulkowsky, de Roland y de sus veinte y un compañeros.

Bonaparte, segun hemos dicho, amaba á Roland como á un hermano, como á un hijo, como amaba á Eugenio; quiso por lo tanto saber todos los detalles de la catástrofe interrogando al soldado.

Este habia visto que un árabe cortaba la cabeza á Sulkowsky, colgándola despues del arzon de su silla. En cuanto á Roland, vió caer muerto su caballo, y si bien se habia defendido algun tiempo á pié, pronto desapareció destrozado por una descarga que le dispararon á quema-ropa.

Exhaló Bonaparte un suspiro, enjugó una lágrima, murmuró: «Otro mas!», y pareció no acordarse mas de lo que acababa de pasar.

Informóse, no obstante, de la tribu á que pertenecian los beduinos que acababan de matarle dos de sus mejores y mas queridos oficiales.

Supo que era una tribu de árabes insurrectos, cuyo pueblo distaba dos leguas próximamente.

Dejó trascurrir un mes, á fin de que creyesen asegurada su impunidad, pasado el cual mandó á Croisier, otro de sus ayudantes de campo, cercar el pueblo, destruir las chozas, cortar la cabeza á los hombres metiéndolas en sacos, y conducir el resto de la poblacion, esto es, los niños y mujeres, al Cairo.

Ejecutó Croisier puntualmente la órden, llevando al Cairo todas las mujeres y niños, y entre tantas personas inofensivas un solo hombre fuertemente atado sobre un caballo.

—Por qué me presentais uno con vida? preguntó Bonaparte; yo habia comprendido en la órden á todos los que estuviesen en edad de empuñar las armas.—General, contestó Croisier quien chapurreaba tambien algunas palabras árabes, cuando iba á cortar la cabeza á este hombre, me ha parecido entender que ofrecia la vida de un prisionero en canje de la suya. He creido que para cortarle la cabeza, siempre estaríamos á tiempo y lo he traido conmigo. Si me he equivocado, la ceremonia tendrá lugar aquí, en vez de allá.

Mandóse comparecer al intérprete Ventura para interrogar al beduino.

Manifestó este que él habia salvado la vida á un oficial

francés gravemente herido en la puerta de la Victoria; que dicho oficial hablaba algo el árabe, y declaró ser ayudante de campo del general Bonaparte; que lo habia remitido á su hermano, que era el médico de la tribu vecina, donde seguia en calidad de prisionero, y que si se le salvaba la vida, escribiría á su hermano que lo entregase inmediatamente.

Era quizás esta explicacion una fábula inventada para ganar tiempo, pero podia ser tambien la verdad; nada se arriesgaba por consiguiente esperando.

Púsose el titulado hermano del médico á buen recaudo, proporcionósele un escribiente, y despues de haber firmado y sellado la carta por él dictada, salió un árabe del Cairo para llevar á efecto la negociacion. Prometiéronse, si daba buen resultado, la vida al beduino y quinientas piastras al negociador.

Tres dias despues regresó este en compañía de Roland.

Bonaparte, sin renunciar enteramente á la esperanza de su regreso, no habia llegado á creerlo.

Aquel corazon de bronce, insensible antes al dolor, enternecióse á la vista de su amigo con la mayor alegría. Abrazó á Roland con la misma efusion que lo habia hecho el primer dia en Italia, cayendo de sus ojos dos lágrimas, dos perlas: ¡tan raras eran las lágrimas de Bonaparte!

En cuanto á Roland, cosa extraña! mantúvose triste y sombrío en medio de la satisfaccion que ocasionaba su regreso, confirmó la relacion del árabe, interesándose para que le

pusiesen desde luego en libertad; pero se negó á dar explicacion alguna acerca del encuentro que le dejó en poder de los beduinos, ni el trato que habia experimentado durante su cautiverio; por lo que hace á Sulkowsky, muerto y decapitado en su presencia, no era posible abrigar el menor resto de esperanza.

Volvióse á encargar Roland de las funciones inherentes á su empleo, observándose que lo que hasta entonces habia sido en él valor, era desde aquel dia temeridad; pues si antes sentia la necesidad de la gloria, parecia sentir despues la necesidad de la muerte.

Por otra parte, como acostumbra á suceder á los que con mayor imprudencia desafian los peligros, el fuego y el acero se apartaban de él milagrosamente; delante, detrás de Roland, á sus lados caian hombres para no levantarse jamás; él se mantenía en pié, invulnerable, como el demonio de la guerra.

Cuando la campaña de Siria enviáronse dos parlamentarios para intimidar la rendición á Djezzar-Bajá; ninguno de ellos volvió: ambos fueron decapitados.

Era preciso enviar un tercer parlamentario: presentóse Roland, insistió para que se le confiase aquel encargo, y á fuerza de instancias obtuvo el consentimiento del general en jefe: volvió ileso al cuartel general.

Tomó parte en cada uno de los diez y nueve asaltos que se dieron á la fortaleza; era siempre el primero en subir á

la brecha; fué uno de los diez hombres que penetraron en la torre Maldita; nueve quedaron allí, Roland volvió sin la mas leve contusion.

Durante la retirada mandó Bonaparte que cuantos iban montados en el ejército cediesen sus caballos á los heridos y enfermos; muchos tuvieron que entregar el suyo á los apesados, con no poca repugnancia por temor de contagiarse.

A estos lo cedió Roland con preferencia: tres cayeron sin vida por el camino, volvió él á montar en seguida su caballo, llegando sano y salvo al Cairo.

En Aboukir arrojóse á lo mas encarnizado de la pelea, abrióse paso hasta el Bajá acuchillando á los negros que le rodeaban, cogióle por la barba, sufrió el disparo de sus dos pistolas, llevándose una de las balas un rizo de sus cabellos y pasándole la otra por debajo del brazo, para ir á matar á un soldado que se hallaba á su espalda.

Cuando Bonaparte resolvió volver á Francia, Roland fué el primero á quien comunicó el general en jefe su resolución; otro habria saltado de alegría, él empero permaneció triste y sombrío, diciendo:

—Mejor quisiera quedarme aquí, general; es mas probable encontrar por estas tierras la muerte.

Habria sido, no obstante, en él una ingratitud no seguir al general en jefe; siguióle pues.

Durante toda la travesía manifestó indiferente é impasible. Únicamente, cuando en las aguas de Córcega descubrie-

ron la escuadra inglesa, pareció volver por un momento á la vida. Bonaparte habia declarado al almirante Gautaume su irrevocable resolución de combatir hasta la muerte; dando la órden de volar la fragata antes que arriar el pabellon.

Pasó sin ser visto por entre la escuadra, y el dia ocho desembarcó en Frejus.

Fué el primero en pisar de nuevo el suelo francés: Roland desembarcó el último.

Aparentaba el general en jefe no prestar atención á todas estas particularidades; mas en realidad ninguna se le escapaba. Hizo marchar á Eugenio, Berthier y Bourrienne, sus ayudantes de campo, con toda la escolta por el camino de Gap y Draguignan.

Tomó él de incógnito el de Aix, á fin de examinar por sí mismo el estado del Mediodía, conservando únicamente á su lado á Roland.

En la confianza de que con la vista de la familia renaceria la tranquilidad en aquel corazon destrozado por un oculto pesar, hábale dicho que se separarian en Lyon, concediéndole tres semanas de licencia para proporcionarle el descanso que tanto necesitaba, y á su madre y hermana una grata sorpresa.

Limitóse Roland á contestar:

—Gracias, general; grande va á ser la alegría de mi madre y hermana al volverme á ver.

Antes habria contestado:

—Gracias, general; grande va á ser mi alegría al volver á ver á mi madre y hermana.

Hemos presenciado lo que pasó en Aviñon; hemos visto con qué profundo desprecio del peligro, con cuán amargo disgusto de la vida habia provocado y sostenido un terrible duelo. Sabemos la razon que dió á sir John, para explicarle la indiferencia con que miraba la muerte. Era una razon ó un pretexto, una verdad ó una suposicion? con ella debió contentarse sir John; evidentemente Roland no se hallaba dispuesto á dar otra.

A ambos les hemos dejado dormidos, ó aparentando estarlo, dentro de la silla de posta, adelantando rápidamente por la carretera de Aviñon á Orange.

SEGUNDA PARTE.

I.

Morgan.

Habrán de permitirnos nuestros lectores que, abandonando por un momento á Roland y sir John, quienes, atendida la disposicion física y moral en que les hemos dejado, no deben inspirarles el menor cuidado; nos ocupemos detenidamente de un personaje que, á pesar de no haber hecho mas que aparecer fugazmente en esta historia, le está en ella reservado un gran papel.

Nos referimos al hombre que, con máscara y armado, se presentó en la sala de la posada de Aviñon para devolver á Juan Picot los doscientos luisés de que se habia apoderado por equivocacion al recoger los fondos pertenecientes al gobierno, que iban en la diligencia.

Hemos visto que el audaz bandido, que se habia dado á